



LA COMUNIDAD COMO SISTEMA RELACIONAL

Fr. Juan Luis MEDIAVILLA GARCÍA

Valladolid

0. INTRODUCCIÓN: LA UNANIMIDAD, DON Y TAREA

Sobre la vida de los frailes, la de cada uno de nosotros, se nos dice en el Libro de las Constituciones y Ordenaciones de la Orden de los frailes predicadores (2 & 1) evocando la Regla de San Agustín, que “...lo primero por lo que nos hemos congregado en comunidad es para vivir unánimes en casa, teniendo **una sola alma y un solo corazón** en Dios”.

Vivir unánimes significa estar juntos y unidos, claro está. Esto no es tarea fácil y, menos aún, tener una misma alma y un mismo corazón. En primer lugar, porque **unidos** no significa uniformados. La pluralidad y la diversidad son elementos intrínsecos a la configuración de los grupos humanos y por lo tanto también a la comunidad de los frailes dominicos. Pluralidad, para algunos frailes, puede significar fuente de riqueza, de complementariedad, de oportunidad y de vivencia del Reino. Para otros, la pluralidad puede entrañar peligro, **acoso a mi propia identidad (?)** y por ende, fuente de problemas y discusiones, así que mejor que seamos todos iguales y los que no lo son, que se vayan a otro sitio. En segundo lugar, porque tener un solo **corazón** significa todo y nada para nuestras relaciones comunitarias; por un lado, podemos angelizarlas de tal manera que nunca lleguemos a saber cómo late realmente el corazón de mi hermano y, por otro, podemos demonizarlas tanto, que siempre encontraré enemigos en las comunidades de los que debo defenderme antes de que me acosen.

Desde el momento en que uno decide y pasa a formar parte de la vida de una comunidad, comienza una tarea bien interesante a fin de descubrir todo el misterio que entraña vivir con otros y que los otros vivan en tu vida. Es una cosa que a veces creemos que se da *ya*, porque sí, porque nos consagramos. Pero no es así. Nos introducimos en un mundo de relaciones, a veces muy peculiares en su constitución y funcionamiento y,



otras veces, muy poco estimuladas por los frailes que la componen. Oímos en algunas comunidades, *aquí ya no hay nada que hacer...* Al principio, yo creía que se referían al trabajo o a la misión, pero no, se referían a los frailes, a las personas, a que ya no había nada que hacer con ese fraile (o esos frailes), no había manera de relacionarse con él. El posicionamiento era tan grande, fuerte y claro que no había manera de que ni siquiera el sentimiento asomara por ningún sitio. Debemos recordarnos que, pese a todo, el deterioro que pueda darse no impide crecer en nuestras relaciones aunque es algo que implica esfuerzo y entra, por tanto, en el ámbito de la voluntad. También es verdad que puede haber personas que ya no quieren crecer, al igual que los hay que ya no quieren seguir viviendo en pareja y se separan.

A lo largo de nuestros años en la vida religiosa podemos llegar a vivir en cuatro o cinco comunidades distintas, y bien distintas en su configuración, en sus miembros, en sus misiones... y de ellas podemos llegar a decir que son la fuente de donde hemos bebido para saber y experimentar lo que es la comunidad. Hay comunidades que han marcado más nuestra vida, claro está, pero de todas ellas hemos salido enriquecidos y beneficiados en la medida en que cada uno se haya vinculado y comprometido con la vida y con las relaciones de los frailes que las componían. Es muy feo decir que en tal comunidad no se puede vivir, si cuando has vivido en ella no te has implicado ni relacionado en lo más mínimo.

Es cierto que la vida de comunidad religiosa es uno de los paradigmas de la fraternidad y de la solidaridad universal a las que Dios nos convoca y nos llama para que experimentemos la realidad de su Reino. Pero es importante experimentarlo como un *don* y a la vez como una *tarea*. Es decir, como algo que me implica y me complica tanto mi vida como mi destino y, por eso, es difícil, sí, porque nos jugamos mucho en ello y queremos que nos salga bien. Si es un *don*, alguien nos lo regala, y lo hace a través de las personas que viven en nuestra comunidad. No cae directamente del cielo. La vida de la comunidad es también la *tarea* de hacer que cada uno de nosotros sea instrumento de esa comunidad para vivir a Dios. Los jóvenes son especialmente sensibles a la experiencia compartida en comunidad, pero es una experiencia que todos podamos experimentar, sea cual sea nuestra edad.

Pudiera parecer que el título de esta reflexión, *La comunidad como sistema relacional*, fuera a descubrirnos las grandes verdades y los grandes soportes de la vida en comunidad; es algo que está muy lejos de mi intención. Pretendo sólo ofrecer algunos conceptos del mundo de las **relaciones humanas** en general que puedan servirnos como principio para iniciar la reflexión que se nos propone como formación permanente para este año.



1. LOS DOS EJES DE LA DINÁMICA COMUNITARIA

La comunidad tiene una dinámica (hace referencia al movimiento, a la *fuera* que produce el movimiento) que proviene de dos dimensiones muy concretas. Por una parte, la dimensión *externa*, que se refiere a la estructura de toda convivencia humana; en nuestro caso sería la Regla de vida, o las Constituciones que nos rigen o los acuerdos y leyes en materia de Vida Comunitaria que van apareciendo o aparecen en nuestros Estatutos o Actas de Capítulos. Con ello, se incluye también todo lo consensuado en materia de tareas, horarios, actividades... de cada una de las comunidades en particular. Supone, pues, haber asumido ciertos “acuerdos” básicos e innegociables en su esencia para el funcionamiento de la vida comunitaria. Es más, también estructuramos algunas funciones, asumidas por ciertos frailes con un carácter institucional y un rol peculiar (priors, superiores, administradores...) que juegan un papel esencial en la estructura de la comunidad. Es en esta dimensión de la comunidad, en la que nos centramos cuando analizamos, evaluamos, programamos... e intentamos presionar o posicionar y reafirmar el reglamento establecido, o flexibilizar, adaptar y cambiar de acuerdo a las necesidades o requerimientos del momento... y las volvemos a reflejar por escrito en proyectos comunitarios o en Actas capitulares.

Pero hay otra dinámica que está igualmente presente en la vida comunitaria, aunque sobre ella no se pueda legislar mucho, y es la dimensión *interpersonal*. Es la que hace referencia a las relaciones personales, (yo-tú, tú-yo, yo-vosotros, tú-nosotros, yo-tú-nosotros) dentro de la estructura comunitaria. Poco a poco, hemos ido incorporando el abordaje de nuestras relaciones personales en la vida comunitaria con el afán de mejorar nuestra vida o de solucionar conflictos que revelaban una *mala salud* de nuestras comunidades. Es más, le atribuimos por otra parte, un carácter de autenticidad comunitaria cuando son posibles unas relaciones sanas y adecuadas, abiertas y flexibles entre los miembros que la componen. Pero, más allá de ser humildes y aceptar nuestra realidad, el problema es que, muchas veces, los condicionantes (edad, salud, cansancio... economía, alcohol...) se presentan como determinantes cuando, en realidad, pueden no serlo, y ya no es posible hablar de dinámica comunitaria, porque las relaciones se estancan, se paralizan y no crecen y peor aún, se deterioran. O lo que es peor, se nos revuelven las entrañas cuando oímos que entre nosotros ya no somos nuestros prójimos.

Potenciar esa segunda dimensión es lo que nos va a dar el pulso real de la calidez y calidad de nuestras relaciones interpersonales en la comunidad.

2. PARA APRENDER UN POCO MÁS

Me parece interesante acudir a diversas concepciones y conceptualizaciones de las relaciones humanas, tomadas del ámbito psico-social. No especificaré



exhaustivamente su procedencia, pues no es éste un trabajo de investigación. Lo que importa es tomar nota de algunas ideas que nos pueden acompañar en esta reflexión sobre nuestras propias relaciones en la comunidad religiosa.

La comunidad ejerce en la vida del fraile una función asaz interesante. La vida de comunidad, y específicamente su ámbito de relaciones personales, nos ayuda a establecer ese difícil, pero ansiado equilibrio entre lo que en nosotros va cambiando y a veces desestabiliza, y lo que necesitamos de estable y de pertenencia a lo estable. Ahora bien, el uso de la vida de comunidad como refugio de pecadores, puede llevarnos a impedir la evolución y crecimiento necesarios de la propia comunidad. Y así vemos cómo hay comunidades de nuestra provincia que no han cambiado nada en veinte años y, no a causa de la comunidad, sino de las respuesta defensivas de sus miembros frente al mínimo resquicio de movimiento, personal o del grupo.

Lo peor de este acontecimiento lo experimentamos cuando hemos logrado desactivar los procesos de aprendizaje y de profundización de la comunicación de esa comunidad. No nos referimos, en este caso, a la tarea que llevamos a cabo, o al proyecto que debemos elaborar entre todos, sino a la tarea más relacionada con la riqueza del ser de la comunidad: *comuni3n* = *comunicaci3n*. Es estrictamente necesario que la correspondencia entre comunidad y comunicaci3n se construya día a día para poder saborear las pequeñas mieles del Reino de Dios en la vida de nuestras comunidades: Dios se comunica, es un ser comunicativo y entramos en comuni3n con Él si nosotros nos comunicamos (en la comunidad).

Pero aún más, no esperemos que por el hecho de estar juntos funcione automáticamente esta díada de *comuni3n* = *comunicaci3n*. Si no hay comunicaci3n no hay comunidad. Retoquemos, pues, un poco los axiomas o principios de la comunicaci3n y sus propiedades para revitalizar un poco más las relaciones en nuestra comunidad que seguro que algo aprenderemos:

2.1. No es posible no comunicarse: nuestra forma de mostrarnos a los otros en la comunidad siempre *significa*, mientras estemos vivos, que la no-comunicaci3n no existe. Por eso la responsabilidad de comunicarse es de cada uno. Es muy fácil decir que en esta comunidad no me dejan hablar; se trata simplemente de comprometerse con aquello que se piensa y se siente. Hoy me callo, pero el silencio también es comunicaci3n. Sólo construimos vínculos si elegimos comunicarnos, ya que no tenemos vínculos consanguíneos.

2.2. Cuando nos comunicamos no sólo compartimos algo, también deseamos algo de los demás: es decir, en toda comunicaci3n hay un aspecto de contenido y otro de relaci3n. El contenido se transmite en los datos de la informaci3n; el aspecto de relaci3n es la manera cómo debe entenderse esa informaci3n; es otra forma de decir que con la comunicaci3n se imponen conductas. Los hay que cuando hablan, dan la sensaci3n de que siempre piden perd3n; otros dan órdenes, y los hay que engolan demasiado la voz en sus relatos. Lo que esperamos conseguir del otro, cuando nos comunicamos con él, es lo que configura la metacomunicaci3n; y hacerlo adecuadamente, sin dobles intenciones, es



la condición básica para que la comunicación funcione y sea eficaz y satisfactoria en cada momento.

2.3. La posibilidad de que una relación acabe en **encuentro o desencuentro**, depende de **la valoración** que damos a los intercambios de comunicación. Nos comunicamos y, para ello, utilizamos una serie de patrones de relación. Si unos hacemos de malos hijos y otros de bienhechores en la relación, posiblemente todo acabe en desencuentro. Tal vez lo que facilita el verdadero encuentro es ser uno mismo con una única intención: el encuentro.

2.4. Para comunicarnos utilizamos el lenguaje **verbal** y **no verbal** (digital/analógico); ambos están presentes en la comunicación y que se complementen entre sí es la garantía de una comunicación libre y fluida. Los dominicos somos frailes que dominamos la predicación, la palabra... estamos muy habituados a hablar, y a hacerlo bien. Pero parece ser que las vivencias más profundas de comunicación, las más misteriosas de la vida, se escapan del lenguaje digital. El lenguaje de la relación personal es más analógico que digital. Nuestra comunicación será verdaderamente congruente cuando ambos lenguajes coincidan y sigan una misma orientación y objetivos.

2.5. Las relaciones que se establecen en la comunicación pueden ser **simétricas** o **complementarias**; las simétricas están basadas en la máxima igualdad entre las personas que se comunican, que se relacionan; las complementarias en la máxima diferencia. A veces, estas posiciones de simetría y complementariedad vienen dadas en nuestro estilo de vida religioso, por la forma de estar organizada la comunidad de frailes, la actitud de los miembros más estables o que ejercen una función institucional... La utopía comunitaria religiosa supone unas relaciones bien simétricas entre todos sus miembros.

No quiero concluir nada definitivo de las propiedades que acabamos de mencionar, pero sí nos pueden ayudar a tomar conciencia de las dificultades de relación que nos podemos encontrar en nuestra vida cotidiana dentro de las comunidades. En algunas ocasiones estas dificultades se pueden convertir en verdaderos problemas para determinadas comunidades, tales como:

- En esta comunidad no tenemos confianza
- En esta comunidad no logramos ponernos de acuerdo
- En esta comunidad, somos tan distintos...
- En esta comunidad siempre ha habido frailes y frailes
- En esta comunidad cada uno está a lo suyo
- En esta comunidad ya no hay nada que hacer

3. ¿QUÉ NOS PUEDE AYUDAR?

La comunidad religiosa, claro está, no se nutre sólo de las relaciones personales de sus miembros, no sólo se reduce a meras relaciones interpersonales; hay otros niveles de comunicación y relación que configuran nuestra manera de estar en el



mundo y en la Iglesia y sí es interesante abarcar los niveles de la comunicación por los que una comunidad dominicana puede llegar a ser más significativa.

Diferenciar estos niveles, potenciarlos y cultivarlos cada día nos garantizará una calidad de vida capaz de significar algo del Reino de Dios:

a) Nivel personal: si dejamos de cultivarnos a nosotros mismos, de conocernos mejor, de valorarnos en la medida positiva y constructiva adecuada... terminaremos por desconocer, no sólo lo que soy, sino lo que siento. De la nada es difícil construir algo. Yo soy el primer responsable de mi crecimiento.

b) Nivel interpersonal: la relación entre dos es la unidad básica de las relaciones interpersonales; y comienza con dar los buenos días en el desayuno, o cuando nos dirigimos al coro... y no seamos incrédulos, depende siempre de la *actitud* que mantengamos ante el otro, el diferente.

c) Nivel intragrupal: ningún ser humano funciona al margen de su entorno, todos dependemos del ambiente diario para el normal y ajustado funcionamiento de nuestras vidas... por eso la importancia tan relevante del ambiente comunitario que logremos crear para la positiva y adecuada relación de sus miembros. Esto es como el baile: cada baile tiene su ritmo y sus pasos y su coreografía... cuanto mejor definamos estos elementos, más bailarines podrán disfrutar del baile.

d) Nivel intergrupalo: somos comunidades en misión, no somos islas que caen en medio del mundo o de la Iglesia; nuestra comunidad como tal también necesita relacionarse para vivir y que otros vivan en ella y de ella. Aunque esta palabra esté malograda en estos momentos, no debemos olvidar en ningún momento la dimensión de *ciudadanía* de nuestras comunidades. Somos porque estamos entre otros, y los otros no son los malos o el demonio; los otros son los que logran sacar de nosotros, de nuestra comunidad, los valores por los que vivimos y existimos.

d) Nivel teológico: este nivel no niega ni subyuga ninguna de las propiedades que hemos visto, ni los niveles que acabamos de mencionar. Lo digo porque a veces, la comunicación con Dios nos lleva tan lejos y tan alto que nos olvidamos de que Dios se encarnó y que se comunica cada día; creo que esto nos llevará a revisar a fondo la forma de comunicarnos con Dios así como las imágenes que de él tenemos. La comunicación con Dios y también con el otro, es estar dispuesto a dejarse interpelar; es también recuperar la dimensión afectiva, con el otro y con Dios, que empieza cuando narramos la vida, pero también cuando nos atrevemos a depositarla en sus manos.



4. COMUNICACIÓN FUNCIONAL Y COMUNICACIÓN DISFUNCIONAL

Aunque sea de manera resumida, puede ayudarnos también diferenciar lo que pudiera ser una comunicación funcional de una no funcional, o lo que es lo mismo, ver lo que caracteriza a una relación que funciona y a otra que no lo hace en las maneras de comunicarnos en nuestras comunidades. Ese discernimiento nos puede ayudar a caer en la cuenta de cómo estamos y qué necesitamos mejorar.

4.1. Características de una comunicación funcional

Podemos decir que una comunicación funciona cuando se advierten en ellas algunas de estas características:

- Claridad del mensaje verbal que quiero transmitir y compartir
- Coherencia entre la comunicación verbal y no verbal; entre lo que digo y cómo lo digo
- Congruencia entre los mensajes que emitimos en la comunidad (¿hablamos de lo mismo?)
- Capacidad de metacomunicar
- Tener un foco de atención compartido, tanto en el contenido como en el tiempo
- Utilizar estrategias directas en la resolución de los conflictos de relación
- Capacidad de escuchar al otro y ser escuchado sin abusar de las malas interpretaciones y huyendo de los estereotipos

4.2. Características de una comunicación disfuncional

Por el contrario, una comunicación no funciona, o es disfuncional cuando detectamos en ella algunos de estos elementos:

- Confusión en los mensajes
- Incongruencia entre en mensaje analógico y el digital
- Las rupturas
- Las respuestas por las otras personas
- Los mensajes contradictorios
- Las indicaciones paradójicas: ¡sé espontáneo!
- El abuso del doble vínculo: anhelos de agradar sin lograr ningún tipo de gratificación en las relaciones
- Diversos focos de atención para distraernos en las relaciones



4.3. Vectores de la comunicación

Una aportación muy interesante desde las ciencias sociales y el estudio de los grupos humanos es el concepto del *vector*, aspecto éste que identifica a cada una de las categorías que se describen en los fenómenos grupales y que además nos ayudan a evaluar su funcionamiento. Tal vez a nosotros también nos aporten alguna pista de reflexión. Estos vectores son:

- **La pertenencia:** en el fondo, se trata de un sentimiento integrador, de identificación, que nos posibilita ser felices en la comunidad.
- **La contribución:** no se trata solo de entregar la nómina o el sobre (cosa básica, por otra parte) sino de entregar lo que a su vez la Orden me ha dado; yo complemento y construyo la comunidad.
- **La pertinencia:** nos centramos en la misión por y para la que existimos, y desde aquí logramos crecimiento; de lo contrario desapareceremos de tanto mirarnos.
- **La comunicación:** recordemos la diáda anterior y el fenómeno de la metacomunicación.
- **El aprendizaje:** el sujeto y el grupo, el fraile y la comunidad se apropian mutuamente en la medida en que se regalan la capacidad de crecer y aprender a ser el uno y la otra.
- **El clima afectivo:** algunos dicen que es la asignatura pendiente de nuestras comunidades. Es difícil quererse; el amor parece estar reservado para los santos (ágape) o para los que se casan (eros). Y nosotros, si quisiéramos y sin ser *agaperos*, podríamos tenernos y manifestarnos más cariño. ¿No?

5. EL SISTEMA RELACIONAL

Sin relatar aquí toda la teoría general de Sistemas, me parece útil exponer algunos de sus conceptos como ayuda para nuestro trabajo sobre la comunicación en las comunidades en el contexto de la comunicación humana.

5.1. Noción y formas de sistema

Comienzo recordando que “un sistema es un conjunto de **objetos** (componentes del sistema) así como de las **relaciones** entre los objetos (son las que mantienen unido al sistema; los vínculos) y entre sus **atributos** (las propiedades de los objetos, las conductas comunicacionales)”.

Un aporte esencial que complementa esta definición, es la distinción entre sistemas **abiertos** y sistemas **cerrados**. Un sistema abierto intercambia información con



su medio; uno cerrado no tiene importación ni exportación de información con el medio. En este sentido, la comunidad es un sistema abierto.

5.2. Características de un sistema abierto

Suelen indicarse como rasgos propios de un sistema abierto los siguientes:

a) Totalidad: el sistema es diferente a la suma de sus partes: es un todo *coherente e inseparable*. Cada una de las partes de un sistema se relaciona de tal manera con las otras, que un cambio en una de las partes del sistema provoca un cambio en las demás y en el sistema total. Un sistema abierto no comporta un carácter sumatorio ni tampoco se basa en las relaciones unilaterales donde uno siempre influye en el otro.

A lo largo de la historia de la vida comunitaria no siempre ha ocurrido que un sistema de grupo (nuestra comunidad) fuera un sistema abierto y con estas características que tratamos. De igual modo el número de miembros en las comunidades y las peculiaridades de cada convento comportaban un estilo de relación sumatorio entre los frailes; y no se cumplía eso de que un cambio en uno de sus miembros afectara a los demás y a la totalidad del grupo, tal y como aporta esta visión sistémica. Pero no creo que la causa más directa fuera la configuración del grupo, sino la falta de comunicación entre sus miembros y de los elementos que afectarían a sus relaciones. Comunidad y comunicación, una vez más, se identifican.

b) Retroalimentación: si las partes no se unen de manera sumatoria ni unilateral, ¿cómo lo hacen? Lo hacen de una manera *circular*, se retroalimenta el circuito de relaciones entre las partes. Esta retroalimentación puede ser de dos maneras: *Negativa*: un cambio correctivo para que nada cambie; mantiene la misma organización, o *Positiva*: modifica al sistema en sí mismo; implica nueva organización. En este sentido, todo sistema abierto es automodificador.

Hay una característica peculiar en nuestra manera de concebir las relaciones comunitarias y sus estructuras, que en otras congregaciones nunca ha existido, y es el carácter democrático de nuestras deliberaciones y manera de tratar los asuntos, a la par que hemos, creo yo, respetado ese grado de confidencialidad, que en algunos asuntos pudiera habernos llevado a la dejadez; pero en fin, en cada dominico hay una comunidad. Cada vez que seamos todos protagonistas, una vez más, de estos dos elementos, lograremos modificar aquellos aspectos de nuestra vida comunitaria que necesiten ser revitalizados.

c) Equifinalidad: Idénticos resultados pueden tener orígenes distintos, ya que lo decisivo es la naturaleza de la organización, y de igual manera diferentes resultados pueden estar producidos por las mismas causas.

La estructura de organización de nuestra vida comunitaria es flexible, podemos ser protagonistas de sus cambios ya que la capacidad de decisión la tienen los miembros que la componen; además, la peculiaridad de la estructura jerárquica nos permite



centrarnos más en los procesos y sus cambios que en las patologías en sí; modificar la estructura de relación, por el principio de que si yo cambio tú cambias, nos permite llegar al cambio en el objeto.

Este nuevo paradigma de lo **sistémico** responde a una visión más holística del **universo comunitario**) y de todos sus componentes, y rompe con modelos lineales e individualistas de las relaciones humanas y las intervenciones sociales. Es así, que la presencia de determinadas patologías y problemas individuales, deben mirarse a la luz del sistema en que se manifiestan (sea familiar, comunitario, eclesial...) ya que será la expresión de una inadecuada interacción sistémica.

Creo que la terapia familiar, en concreto, lo ha desarrollado ampliamente y desde diversas perspectivas y, en cierta medida, es aplicable también a todo grupo que por sus características se constituye en un sistema permanente, tanto en el tiempo como en la identidad que se configura en sus integrantes. La comunidad de frailes puede considerarse así, aunque no la agota lo más mínimo ni en su configuración ni es sus peculiaridades.

6. CRECIMIENTO PERSONAL/CRECIMIENTO COMUNITARIO: CAUSA EFECTO

No debiéramos dedicar demasiado esfuerzo a determinar la causa/efecto y el efecto/causa de estas dos variables presentes constantemente en nuestra reflexión. Si, como creemos, la interacción siempre es **circular**, parece que interesa más el *qué* y el *cómo* de esa interacción que el *por qué* de la misma.

Esto nos ayudaría a quitar ciertos sentimientos de culpabilidad que se han venido arrastrando en algunas de nuestras comunidades y que se manifiesta en afirmaciones del tipo: *ese fraile terminó marchando porque la comunidad no le entendía...*, o *esa comunidad marcha bien gracias al prior que ahora tienen...* No pretendo en absoluto pasar por alto la responsabilidad que cada prior tiene en la marcha y vitalidad de las comunidades, es un tema tratado en diversos Capítulos Generales con conclusiones muy acertadas del papel esencial que desempeñan y la necesidad de que los priores asuman esta tarea con entusiasmo. Pero el funcionamiento de una comunidad no depende nunca de una sola persona, por relevantes que sean su papel y sus cualidades.

Vale la pena llamar también la atención sobre un concepto muy interesante y que no estaría de más que aplicáramos a esas situaciones comunitarias donde parece que ya todo está hecho y nada ha cambiado, es el de la *profecía autocumplidora*. Por ejemplo, oír decir en una comunidad o de una comunidad: *nadie me entiende*, o *nadie me quiere*, comporta siempre una premisa en el sujeto de desconfianza y actuación siempre a la defensiva (o con agresividad, en muchos casos) ante lo cual, es muy probable que los demás reaccionen corroborando esa premisa original, es decir, también con desconfianza y a la defensiva, incluso con preguntas poco interesantes para el caso (¿qué habremos



hecho?), pero que nos atrapan a la larga. Esta peculiaridad en comunicación y relación no nos conduce en absoluto al saneamiento de los problemas de relación; es más, sólo nos conduce a concluir que solo reaccionamos frente a las conductas de los demás y que nunca las provocamos.

Lo realmente interesante es que si no hay causa/efecto y nuestras interacciones comunitarias son circulares, lo poco que aporte de alimentación positiva a esas interacciones va, ineludiblemente, a repercutir en mí mismo; o sea, si siembro recojo. Es muy fácil.

“Sólo el amor alumbra lo que perdura, sólo el amor convierte en milagro el barro, sólo el amor engendra la maravilla, sólo el amor consigue encender lo muerto”. La poesía tiene la capacidad maravillosa de enlazar lo relacional mundano y lo relacional espiritual, y si no que se lo pregunten a Antonio Praena. Pues siémbrale.

BIBLIOGRAFÍA

ARRIETA, L. *Comunicación/Comunión. La comunidad: mediación de encuentro y compromiso*. Instituto teológico de vida religiosa. Facultad de Teología. Vitoria. 1996

CENCILLO, L. *La comunicación absoluta*. Madrid. San Pablo. 1994

CENCINI, A. *Fraternidad en camino*. Santander. Sal Terrae. 2000

MANENTI, A. *Vivir en comunidad*. Santander. Sal Terrae. 1983

MELENDO, M. *La comunicación, bases de relaciones comunitarias profundas*. Vitoria. Frontera. 1992

WATZLAWICK, P. BEAVIN BAVELAS, J. y JACKSON D, *Teoría de la comunicación humana*. Biblioteca de psicología, textos universitarios. Barcelona Herder. 1995

CUESTIONES PARA EL DIÁLOGO COMUNITARIO

1. ¿Has encontrado alguna idea sugerente que te haya animado a reflexionar sobre tu vida en la comunidad? Coméntala.
2. Recordad algún momento significativo de la vida de vuestra comunidad en la que se posibilitó una comunicación fluida entre los frailes. ¿Qué lo motivó y qué ocurrió? ¿Cómo os sentisteis?



3. ¿Hay algún aspecto de la vida de vuestra comunidad en el que funciona mejor la comunicación entre los frailes? Analizadlo.
4. Revisad alguno de los principios de la comunicación y sus propiedades, intentando sacar alguna pequeña sugerencia o compromiso para la vida cotidiana.
5. Qué creéis que significa una comunicación funcional en la vida de vuestra comunidad.
6. Eso de las interacciones circulares, ¿acontece en vuestra comunidad?